

NEW LEFT REVIEW 81

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO AGOSTO 2013

ARTÍCULOS

PERRY ANDERSON	Homeland: La política interna de Estados Unidos	7
YONATAN MENDEL	La nueva Jerusalén	38
FRANCO MORETTI	La desaparición de la burguesía	63
JOACHIM JACHNOW	Trayectorias verdes	98
NANCY FRASER	Triple movimiento	125

CRÍTICAS

FRANCIS MULHERN	Tiempos de conclusión	140
JACOB COLLINS	¿El nacimiento de la bioseguridad?	152
HUNG HO-FUNG	China se estanca	162

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador–IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE



CRÍTICA

Frédéric Gros, *Le principe sécurité*,
Paris, Gallimard, 2012, 304 pp.

JACOB COLLINS

¿EL NACIMIENTO DE LA BIOSEGURIDAD?

Parece ahora claro que la biopolítica, o algo similar, será una categoría clave para estudiar qué ocurre en el siglo XXI. El concepto, todavía en su infancia, ha sido teorizado de diversas formas sugerentes –y filosóficamente muy complejas– y, sin embargo, sigue constituyendo una entidad esquivada. Los teóricos de la biopolítica, basados casi exclusivamente en los últimos trabajos de Foucault, suponen que el Estado moderno se dedica de algún modo a controlar, gestionar o manipular aspectos de nuestra vida biológica que en otro tiempo permanecían fuera de sus límites, o al menos, al margen de sus prácticas. Cuestiones relacionadas con la salud, la enfermedad, la sexualidad, la producción de alimentos y la calidad del aire son objetos analíticos de la teoría biopolítica. Uno de los obvios aciertos de este enfoque es su atención a facetas de la vida contemporánea que interesan enormemente a la población (como el clamor público en Estados Unidos por el etiquetado de los alimentos, el tamaño de los refrescos, el *fracking*, el matrimonio entre homosexuales y la disponibilidad de la vacuna contra la gripe parecería confirmar). Pero a pesar de todo su interés por la vida cotidiana, las conclusiones alcanzadas en el análisis biopolítico han sido especulativas, en el mejor de los casos, y emocionales y quejumbrosas, en el peor. Asimismo, los principales estudios en este terreno proceden de los escalones más elevados de la teoría política y literaria. El libro de Frédéric Gros, *Le principe sécurité*, promete un análisis más accesible de estos temas, centrándose en el problema de la seguridad, desde Séneca a los SMS.

Gros es un filósofo formado en la École Normale Supérieure de París, y en la actualidad enseña en la Universidad Paris XII (Créteil). Se inclina a la izquierda —ha escrito a favor de los gitanos y contra su vergonzosa expulsión de Francia por parte de Sarkozy— y sus simpatías filosóficas son profundamente foucaultianas. Descubrió —«con una cierta estupefacción»— la obra de Foucault durante su primer año en la universidad, en 1986, poco después de que falleciese el filósofo, y desde entonces se ha convertido en un experto en su *oeuvre*, editando los dos últimos cursos de Foucault en el Collège de France, 1983-1984, con los títulos de *Le gouvernement de soi et des autres* y *Le courage de la vérité* (2008-2009). Mientras que sus primeros trabajos están dedicados a Foucault o fuertemente inspirados en él —un «*Que sais-je?*» sobre el autor, un libro sobre la locura y el arte, otro sobre la justicia y el castigo—, Gros ha empezado a labrar su propia identidad como filósofo. En particular, ha demostrado un claro talento para el ensayo filosófico, ese modo de escribir centrado en aspectos de la vida cotidiana que a menudo se dan por sentados, y así examina con sutileza nuestros compromisos intelectuales, como hacían los primeros ensayos de Roland Barthes. Su libro de 2009, *Marcher, une philosophie*, revisaba, a través de los ojos de los grandes filósofos, los estados psíquicos asociados con diferentes tipos de ambulación humana. Más en línea con las investigaciones de *Le principe sécurité* estaba *Étais de violence: essai sur la fin de la guerre*, publicado en 2006, que seguía los cambios experimentados por las concepciones sobre la guerra en Occidente, desde la obsesión por el heroísmo en la Grecia clásica a la preferencia por los ejércitos privatizados y la aversión al riesgo en la actualidad. En las últimas páginas, Gros anuncia que «la “caída del muro” ha instalado una nueva distribución de la violencia que resuena de acuerdo con dos razones fundamentales que anuncian la irreversible decadencia de la guerra y la paz: la intervención y la seguridad». La primera encierra a los Estados en una racionalidad similar a la del mercado que «ya no reconoce la victoria o la derrota, sino solo grados de éxito y eficacia». La guerra es sustituida por estados de violencia: anárquica, incierta, dispersa. La seguridad, el otro vector de la historia mundial reciente, la aborda en su nuevo libro.

Gros adopta un enfoque nominalista del concepto de seguridad, definiéndola, al comienzo, de cuatro modos distintos (todos ellos tomados del diccionario). Asimismo, cada significado se corresponde con una época distinta de la historia de Occidente. El primer significado es tranquilidad mental. «La seguridad en este sentido es lo que en la actualidad denominaríamos serenidad: un estado de equilibrio mental, una disposición de la mente que se encuentra llena de tranquilidad, quietud y confianza». Este fue el significado predominante durante el Imperio romano, como se demuestra en la obra de tres tradiciones filosóficas: estoicismo, epicureísmo y escepticismo. Gros no explica por qué empieza con los romanos o con esta noción

particular de seguridad, sino que de inmediato pasa a analizar brevemente la configuración de la seguridad en cada una de las tradiciones. Para estoicos como Marco Aurelio y Séneca, la respuesta adecuada a la inseguridad generalizada del mundo exterior era mantener un sentimiento de absoluta seguridad interior. La mente debía mantenerse vigilante para desdramatizar nuestras representaciones del mundo, reduciendo nuestro sentimiento de responsabilidad ante aquello situado fuera de nuestro control. Tanto para los epicúreos como para los escépticos, el principio de seguridad se centraba más directamente en la noción de *ataraxia* planteada por Epicuro, típicamente traducida como «paz mental». El placer para los epicúreos, dice Gros, no era cuestión de satisfacción del deseo o ausencia de dolor, sino de plenitud del alma, obtenida mediante técnicas –como adquirir una comunidad de amigos y recordar momentos de felicidad– pensadas para evitar los falsos placeres. Escépticos como Sexto Empírico creían que la clave para alcanzar la *ataraxia* era guardar silencio: si no había nada seguro, el dogmatismo y la afirmación eran fuente de desgracia. Solo suspendiendo el juicio podía mantenerse cierta apariencia de seguridad interior.

El segundo significado de seguridad es «ausencia de peligro», y designa una «situación objetiva» en la que el riesgo ya no está presente. Para Gros, los cristianos milenaristas de la Edad Media se especializaron en este aspecto de la seguridad. Inspirándose en la obra de Pablo y Agustín, pensadores como Joaquín de Fiore adoptaron un programa utópico radical que implicaba «la proyección de un estado de humanidad absolutamente armonioso, y libre por completo de violencia, agresión y odio». Nacido del impulso religioso de librar al mundo del mal, el movimiento milenarista tenía un obvio elemento político, reflejado en la profusión de doctrinas que apoyaron la monarquía universal en los siglos XVI y XVII. Para aquellos como Tomasso Campanella o Guillaume Postel, su atractivo radicaba en la absoluta unidad de los gobernados, la ausencia de conflicto y la estabilidad que podía garantizar en la tierra. Montesquieu rompería más tarde esta asociación en sus *Reflexiones sobre la monarquía universal*, condenándola precisamente en nombre de la seguridad.

El siguiente registro es más abiertamente político, y denota los derechos y las garantías que el Estado –ahora separado del imperio– ofrece a sus ciudadanos como forma de mantener el orden público. En esta parte, Gros descompone la seguridad del Estado en sus tres elementos constitutivos: la ley, el ejército y la policía, un proyecto que lo lleva a recorrer cuatro siglos, desde mediados del siglo XVII hasta mediados del XX. La dimensión jurídica ocasiona un encuentro con los primeros «teóricos del contrato» modernos: Hobbes, Spinoza, Locke y Rousseau. Como al analizar la filosofía romana, Gros resume brevemente las ideas de estos pensadores sin sacrificar (demasiados) matices. Los teóricos del contrato contraponían el

estado natural, en el que la vida, la libertad, la igualdad y la propiedad eran inestables, al estado civil, en el que todas ellas quedaban garantizadas. El precio de esta seguridad era la obediencia de todos los súbditos a un poder común. Para el componente militar de la seguridad, Gros invoca el sistema westfaliano de mediados del siglo XVII, momento en el que la razón del Estado se había desligado de los fundamentos teológicos, y la soberanía se ligó integralmente a la capacidad bélica. El análisis salta impacientemente en este punto a la Guerra Fría, cuando se da un completo alejamiento de los cálculos realistas: la seguridad en esta época ya no hacía referencia a un equilibrio de potencias relativamente iguales, sino a la promesa de «destrucción mutuamente asegurada» entre dos potencias mundiales, una disposición que transformó el sistema internacional de mosaico en una lucha maniquea entre dos bandos alineados. Por último, el aspecto policial de la seguridad estatal era relativamente mínimo en el siglo XVII, y creció drásticamente en el XIX y el XX. Revirtiendo a un lenguaje foucaultiano, el trabajo policial tiene para Gros naturaleza regulatoria, es «un arte del detalle» que ha favorecido «procedimientos normalizadores». Su otra razón de ser es la de mantener el orden público contra supuestos enemigos, una capacidad de la que en el siglo XX se abusó de dos maneras: primero, por parte de los teóricos del estado de excepción como Schmitt y Benjamin, que apelaron exactamente a esta preocupación por la seguridad como base para suspender ciertas cláusulas de la constitución liberal; segundo, por los movimientos totalitarios, que no suspendieron las garantías jurídicas, sino que sencillamente las pasaron por alto. De hecho, la policía fue instrumental—en este aspecto Gros sigue a Hannah Arendt— para movilizar a la población en torno a la ideología de partido, y ayudó a estos regímenes a definir su propia versión de la ley. Los procedimientos de vigilancia se multiplicaron, al igual que las presiones sobre la población para que se conformase mediante la mediación policial.

Por último, existe un registro biopolítico de la seguridad, definido más genéricamente como «la continuidad de un proceso», o aquello que «permite el funcionamiento normal de una actividad» o, también, como «el control de los flujos». En opinión de Gros, este significado abarca diversos procedimientos vitales para el funcionamiento del Estado moderno, a saber, sus intentos de asegurar «alimentos, energía, sanidad, sentimiento y personas». Gros prefiere clasificar estas cosas bajo el término de «bioseguridad», un término que toma de informes de Naciones Unidas sobre especies genéticamente modificadas y ataques con ántrax, y lo redefina como las medidas necesarias para «proteger, controlar y regular el núcleo [*noyau*] vital del individuo». Las técnicas de protección estatales conciben al ser humano como un organismo penetrable, constantemente expuesto a elementos patógenos y recursos contaminados. Hay también un discurso supranacional sobre la bioseguridad, cuyo objetivo es proteger a poblaciones vulnerables, grupos sometidos a

tasas elevadas de mortalidad debido a violencia política o condiciones de existencia precarias. La «comunidad internacional», que ha pasado a reemplazar a la antigua rivalidad entre superpotencias, decide en qué casos intervenir, una política profundamente emocional, en opinión de Gros.

Menciona el «control» como otra parte de la bioseguridad cuya intención es identificar a los seres humanos, principalmente, relacionando individuos con documentos o archivos. Lo que Gros tiene en mente son los dispositivos de seguimiento –como GPS y RFID [identificación por radiofrecuencia]– que permiten a fuerzas de seguridad privadas y públicas identificar y localizar a delincuentes (pero también no delincuentes y animales). El establecimiento de perfiles en todas sus variantes –programas espía con fines publicitarios, seguros médicos, delincuentes potenciales– es una parte clave de esta lógica, que intenta «asegurar el mundo librándolo de vacilaciones, opacidades y dudas». Hay una dimensión planetaria de este impulso de transparencia que aterra a Gros, porque opera en forma de red, una estructura poderosa, flexible y antidialéctica, imposible de localizar y, mucho más, de derrotar. La última técnica de bioseguridad es la de la «reglamentación», que se ocupa de «gestionar flujos» o, más específicamente, «gestionar un *milieu*». La seguridad en este sentido no intenta prohibir ni ordenar, sino incitar o disuadir. Esto podría aplicarse a la delincuencia, reduciendo los incentivos para la actividad ilegal, o a la actividad económica, disolviendo los obstáculos a la libre circulación de mercancías. Este último proceso, llevado a su conclusión lógica, nos introduce en el neoliberalismo, la utopía de una sociedad autorregulada que instituye su propio equilibrio (algo que les resultará muy familiar a los lectores de las lecciones impartidas por Foucault a finales de la década de 1970 en el Collège de France).

Tras explorar los significados diferentes y discretos de la seguridad en cuatro largos capítulos, Gros intenta unirlos en la conclusión y ofrecer una visión más panorámica del problema. En una entrevista con *Le Monde*, ha distinguido su propio método del de Foucault en los siguientes términos:

Al trabajar sobre la locura, la guerra y ahora la seguridad, mi objetivo no es escribir una historia ni hacer arqueología, sino mostrar que estas nociones están de hecho estrechamente interrelacionadas. Lejos de poseer la pureza de los conceptos geométricos, estas ideas están constituidas en forma de *foyers de sens* [«centros de significado»] que aparecen en ciertos momentos de la historia y no llegan a desaparecer del todo.

¿Cómo funciona esta obra en tiempo real? Gros afirma que algunas ideas, como la concepción estoica del yo, se convierten en tropos culturales. En este caso, los emperadores romanos podrían haberse apropiado de la idea estoica de la seguridad –presumiblemente, a través de los oficios de Marco Aurelio–, revisada más tarde por los filósofos cristianos sometidos

al gobierno romano. Gros sostiene también que algunas ideas pueden ser «reactivadas», como cuando los movimientos socialistas del siglo xx reactivaron las corrientes milenaristas cristianas de la Edad Media, lo que podríamos denominar la «teoría de las bellas ideas durmientes».

Gros sostiene que algunas ideas tienen una «tensión interior», una discrepancia entre intención y resultado. Esto pertenece específicamente a la lógica del Estado: su primer objetivo es el de garantizar el bienestar de sus ciudadanos, lo cual intenta fundamentar jurídicamente; pero cuando el orden público demuestra constituir un problema duradero, transfiere la responsabilidad a la policía. Esta, incapaz de mantener el orden público perennemente, tendrá que adoptar tácticas y técnicas militares para garantizar mejor la seguridad pública, poniendo en grave peligro los ideales jurídicos que iniciaron todo el proceso. Razón por la cual el Estado es víctima del conflicto interno de intereses. Por último, Gros cree que algunas ideas o prácticas son susceptibles de «contradicción externa», que en este caso hace referencia a la reciente tendencia a privatizar, subcontratar o financiar dotaciones de seguridad. La razón por la que esto es una contradicción es que supuestamente la seguridad ofrecida por el Estado es una «garantía permanente» para sus ciudadanos, mientras que el mercado, movido por los beneficios, se basa en un estado de inseguridad permanente. Para Gros, la seguridad –con todas sus anteriores iteraciones– funcionaba como un principio de estabilidad o equilibrio. Pero una vez financiarizada y sometida a constante especulación, se convierte en presagio de la «catástrofe». Los últimos párrafos, que evocan el lenguaje distópico de Benjamin y Agamben, esbozan un futuro ya descifrable: todos los objetos, todos los individuos se convierten en un «activo financiero»; la capacidad para tomar decisiones políticas se ve debilitada a medida que la lógica de la evaluación de riesgos –basada en un complejo cálculo de posibles amenazas– se generaliza; el medio ambiente sufre una degradación rápida e irreversible; y las desigualdades sociales se aceleran exponencialmente. Dado que los mercados tienen aversión a la intervención, poco puede hacerse para frenar o deshacer este proceso, y de ese modo la seguridad se convierte en sinónimo de la noción de catástrofe de Benjamin: «cuando todo sigue como estaba».

Plegado dentro de los cuatro capítulos de *Le principe sécurité* hay un laberinto de esquemas y distinciones multipartitas, pero el texto es fluido y fácilmente accesible a no especialistas. Lo que *Le principe sécurité* muestra (más que sostiene) es que los múltiples significados de seguridad están insertos en la cultura contemporánea a modo de acumulación de ciertas ideas y prácticas. La técnica estoica de alcanzar la tranquilidad espiritual, la escatología de los milenaristas cristianos y la teoría política de los primeros juristas y filósofos modernos no solo emergen como precedentes del orden actual, sino también como realidades superpuestas del mismo. Si yo

extrapolo correctamente a partir del argumento de Gros, el actual régimen de bioseguridad cortocircuita las prácticas acumuladas que constituyen el yo, la ideología política y el Estado liberal, desestabilizando su añeja respetabilidad. *Le principe sécurité* difiere de este modo de la actual bibliografía dedicada a la biopolítica: la nuda vida para Gros –o lo que él denomina la vulnerabilidad del individuo– es el resultado de sutiles cambios en nuestra psicología, cambios condicionados y producidos por los acontecimientos externos. Gros lo capta muy bien en un párrafo de *États de violence* que describe nuevas modalidades de guerra: «No se produce tanto una pérdida de sustancia ética como la reconfiguración de la relación con la muerte, pero esta vez a modo de destrucción unilateral del otro, algo que a su vez permite al sujeto definirse a sí mismo». Este es un análisis atractivo: las concepciones de la guerra cambian nuestra relación con la muerte, con los otros y con nuestro yo.

En conjunto, la teoría biopolítica y el rápidamente creciente campo de los «estudios sobre seguridad» apelan de algún modo a normas jurídicas. Hay una narrativa progresista estadounidense, por ejemplo, que señala el giro del gobierno de Bush hacia la retórica de la seguridad (nacional) después del 11-S. La seguridad en este sentido es una táctica alarmista pensada para hacer que la población se sienta agradecida a su gobierno, y se convierte en un pretexto para revocar libertades civiles. Gros, por el contrario, no dice casi nada acerca de estos peligros y transgresiones, porque lo que le interesa principalmente son los significados más metafísicos de la libertad, lo que los individuos son capaces de pensar y hacer. La tradición de Arendt y Nussbaum descansa en las nociones clásicas de ciudadanía, mientras que la teoría radical italiana de Negri y Agamben considera la relación entre soberanía, ciudadanía y vida biológica. Gros rara vez recurre a estas interpretaciones.

Hay otra forma menos favorable de contemplar *Le principe sécurité*. Ante todo, el concepto de seguridad carece de fundamento ontológico en el texto. Dar cuatro definiciones distintas y aislarlas en una época histórica es directamente no dar definición alguna. La mayor parte del tiempo, son todas ellas –salvo la última, de bioseguridad– metáforas de la estabilidad o del equilibrio. Una frase de la conclusión las agrupa todas de manera esclarecedora: «La seguridad en su sentido más general designa una conformidad de las cosas consigo mismas, y la estabilidad física que puede deducirse de ello». ¿Es esto reconocible como seguridad? Con un fundamento tan arbitrario, ¿qué nos impide evocar sus otros significados? El mismo diccionario usado por Gros incluye los siguientes significados de seguridad: «Unión de medidas legislativas y administrativas que tienen por objeto proteger a los trabajadores y a sus familias contra ciertos riesgos»; o incluso: «Garantía de que las personas que desempeñan trabajos y profesiones se

mantendrán en el ejercicio de los mismos». En otras palabras, seguridad en francés hace también referencia a la seguridad «social» y «laboral», respectivamente. Probablemente, Gros pasa por alto estos significados porque no es fácil acomodarlos en la idea de equilibrio. La elisión es indicativa de dos problemas más amplios. En primer lugar, que Gros tiende a abordar a las personas actuales bien como consumidoras (de productos comerciales y bienes sociales) o como receptoras pasivas (de prácticas de seguridad). Si el objetivo es captar la psicología específica de la bioseguridad –técnicas que hacen al sujeto cada vez más vulnerable–, ¿cómo puede pasarse completamente por alto el lado económico de la vida? Las condiciones de producción son directamente pertinentes para nuestra concepción de nosotros mismos y para las circunstancias biológicas de nuestra vida, como Arendt recalca repetidamente en *La condición humana*. La seguridad del puesto de trabajo –o la falta de ella– tiene que ser una de las mayores fuentes de inseguridad psicológica en la actualidad.

El otro problema señalado por esta omisión está relacionado con la narrativa histórico-filosófica de Gros. ¿Cómo es posible alcanzar un conocimiento adecuado de la seguridad sin invocar la seguridad *social*, que ha sido la connotación predominante del término durante todo un periodo histórico, ciertamente en Europa e incluso –aunque más brevemente– en Estados Unidos? Un informe reciente de la OCDE muestra que en sus países miembros, de media, la relación del gasto social público con el PIB ha aumentado de alrededor del 19 por 100 en 2007 al 22 por 100 actual, en buena parte dedicado al gasto en prestaciones por desempleo y pensiones para ancianos. Incluso en Estados Unidos, donde la seguridad *nacional* afirmó una cierta primacía durante la Guerra Fría y después del 11-S, la seguridad social sigue siendo una cuestión sensible para la mayoría de los estadounidenses: el famoso tercer carril de la política interior. Que Gros haya pasado por alto esta connotación en un estudio sobre la psicología de la seguridad parece sorprendente. Y, sin embargo, dicho reconocimiento no encajaría demasiado bien en la cosmovisión foucaultiana, en la que lo más reciente siempre es, potencialmente o de hecho, peor. Uno de los pocos lugares en los que Gros invoca las fuerzas económicas es en las últimas páginas, donde llama la atención sobre la financiarización y la privatización de la seguridad que se está produciendo en la actualidad; pero sale de la nada, prueba tardía de un apocalipsis en ciernes.

Una apuesta crucial de *Le principe sécurité* es que la relativa falta de análisis quedará compensada por su riqueza descriptiva, que abarca muchos significados del término «seguridad» y dos mil años de historia. No está claro, sin embargo, que Gros haya añadido una profundidad histórica real a nuestro conocimiento de la biopolítica. Para que la concepción estoica de la seguridad importe en el presente es necesario pensar que la *ataraxia* sigue

estructurando nuestro sentido de la buena vida, o que la filosofía romana afectó tan profundamente a la historia, como insinúa Gros, que puso en marcha una irreversible cadena de consecuencias. Ninguno de estos argumentos es muy convincente. Gros supone también que la escatología cristiana aportó la disposición psicológica que subyace a las revoluciones socialistas del siglo xx. La comparación no convencerá a los historiadores: a menudo se considera que el metodismo salvó a Inglaterra de la revolución proletaria en el siglo xix. De hecho, el trasfondo que Gros proporciona podría en principio suprimirse del libro, dejando para estudiar los dos últimos regímenes de seguridad. Aquí, los cálculos modernos se analizan en profundidad por primera vez –gracias al trabajo de Gros en este apartado–, debería empezar una historia significativa de la seguridad.

¿Cómo se compara *Le principe sécurité* con la obra de Foucault sobre la seguridad? En cierto sentido, adolece de la misma tendencia a ontologizar el poder: simplemente, actúa de ese modo, desconectado de cualquiera que lo ocupe o de objetivos específicos. De su propio método lateral de avance, Foucault escribió en el epílogo de *Seguridad, territorio y población*: «Soy como el cangrejo, avanzo de lado». Gros cree que ha evitado esta tendencia, afirmando que «las rupturas y las discontinuidades me gustan mucho menos que a Foucault»; pero, como hemos visto, las supuestas continuidades de la seguridad carecen de peso explicativo. De hecho, el argumento más convincente del libro es la impresionante taxonomía sobre las modernas prácticas de seguridad, para la que el método del «cangrejo» es esencial. Parecería que la seguridad fuese un concepto fundamental en los cursos impartidos por Foucault a finales de la década de 1970, pero la fue abandonando a medida que se interesaba por el concepto de «gubernamentalidad». Lo que dijo sobre el tema era en realidad provisional, aunque claramente esencial para comprender la racionalidad mercantil del liberalismo: «El aparato de seguridad “deja que las cosas ocurran”. No es que todo se deje a su aire, sino que el *laissez-faire* es indispensable en cierto nivel: permitir que suban los precios, permitir que se genere escasez». La seguridad tiende a tener más claridad conceptual en los textos de Foucault, aunque sus contextos sean opacos. *Le principe sécurité* revierte el énfasis, dando más importancia a la seguridad empírica, a expensas del rigor conceptual. También vale la pena señalar que, mientras que el aspecto económico del liberalismo es un elemento básico en el análisis de Foucault, solo aparece de manera significativa en las últimas páginas de *Le principe sécurité*, y tiene poca relación con la conceptualización del problema.

Por último, Foucault tiene una teoría elaborada sobre el sujeto de la que Gros carece. Esta carencia se pone de manifiesto cuando Gros elude un tema que debería ser clave en *Le principe sécurité*: en qué grado nuestra concepción del yo está modelada por prácticas gubernamentales y

comerciales: la psicología de la seguridad. El antihumanismo de Foucault podría explicar, a veces de manera inverosímil, la poderosa influencia de la lógica externa sobre nuestra concepción del yo. El sujeto de Gros, por el contrario, siempre parece más estable, en posesión de técnicas duraderas y probadas para enfrentarse a un caótico mundo externo. A este respecto, Gros es incapaz de resolver un problema que aqueja a buena parte de las obras actuales sobre la seguridad y la biopolítica: aunque sin duda se está produciendo un inquietante aumento de la tecnología para la vigilancia, de los perfiles de consumidores, de la recopilación de datos biológicos, del seguimiento de capacidades –información que podría ser archivada y en algún momento sometidos a un mal uso por parte del Estado–, no está claro si esto va a recortar sin remedio las libertades y los derechos, empobrecer nuestra concepción del mundo, poner en peligro las relaciones sociales o acelerar las desigualdades. Esto puede cambiar muchas cosas, pero invocar el apocalipsis parece precipitado. Ese es el imaginario del libro de Gros. De hecho, el futuro parece desolador, pero dudo de que Gros nos haya dado un modo convincente de entenderlo.